

«En la periferia, una construcción en forma de anillo; en el centro, una torre, ésta con anchas ventanas que se abren en la cara interior del anillo. La construcción periférica está dividida en celdas, cada una de las cuales atraviesa toda la anchura de la cons-

Obviamente nos interesa saber cómo es el rostro del ser humano preso, cuáles las fragilidades, las esperanzas y las desesperanzas del recluso: ¿cabe alguna liberación desde la cárcel? ¿ayudan los contactos con el exterior, las visitas de familiares, la pretendida

## La cárcel

trucción. Tienen dos ventanas, una que da al interior, correspondiente a las ventanas de la torre, y la otra, que da al exterior, permite que la luz atraviese la celda de una parte a otra. Basta entonces situar un vigilante en la torre central y encerrar en cada celda a un loco, un enfermo, un condenado, un obrero o un escolar». Tal sería la arquitectura modélica del régimen carcelario propuesta por Jeremy Bentham: un *panóptico*, un lugar desde el cual todo pudiera ser espiado (y por ende expiado), desde el cual —en expresión de Foucault— *vigilar y castigar*, un espacio de impotencia para los unos gracias al cual los otros procuran ilimitar su espacio de poder.

El presente número de nuestra revista ha querido recordar a los desmemoriados esa lucha entre el microespacio y el macroespacio, lanzando al menos una mirada al infierno-suburbio dantesco de estas multitudes silenciadas cuyos problemas (los suyos y los nuestros) les llevan a caer en el cepo: son los grupos de riesgo o clientes potenciales del universo concentracionario diseñado por los «hombres libres», como si pudiera alguien vivir libre rodeado de reclusos. Hemos pretendido una descripción topológica de ese infierno, pero también saber qué pretende la sociedad con los regímenes penitenciarios, si castigar, si rehabilitar, si aparcar, si huir de sí misma, etc.

reinserción educativa, el trabajo de los talleres, la redención de penas? ¿contribuye todo eso de algún modo a la anticipación del color de la libertad, a mantener la esperanza de salida?

También deseamos juzgar a la sociedad que juzga, la que se sitúa *extra muros*: ¿quién es el enrejado, el de dentro o el de fuera? ¿dónde situar el corazón de la sociedad carcelaria? ¿quiénes los malos, quién legitima al castigador? En fin ¿qué sociedad descarceladora construir, cómo prevenir antes que curar?

A esos interrogantes, también desde la cárcel que cada uno lleva en su propio corazón, esos barrotes contra los que da el alma en su intento de surcar el cielo, a esos interrogantes pretende responder este número de ACONTECIMIENTO, con el deseo de una paloma en el horizonte, un ramo de olivo en su pico, y —de un poeta tanto más libre cuanto más encarcelado— un poema en su alma:

No, no hay cárcel para el hombre.

No podrán atarme, no.

Este mundo de cadenas me es pequeño y exterior.

¿Quién encierra una sonrisa?

¿Quién amuralla una voz?

*Miguel Hernández*